

VILLA GARCÍA, Roberto, 1923. *El golpe de Estado que cambió la Historia de España: Primo de Rivera y la quiebra de la monarquía liberal*, Espasa, Madrid, 2023, 544 pp.

Pocos libros históricos han supuesto un cambio tan grande en la interpretación del siglo xx español como el que aquí se reseña. Lo que plantea no es para menos, porque cuestiona de raíz la narración histórica tradicional de un cambio de régimen, el que propició el golpe de estado de Primo de Rivera, cuyas consecuencias se proyectaron más allá de aquella dictadura. Pese a su indudable propósito comercial, no puede decirse por eso que el título no refleje la trascendencia del acontecimiento, pues aquella «revolución» militar y civil, como la denomina el autor, truncó en los años veinte el camino a la democracia del liberalismo español hacía lo que pudo haber sido una democracia de amplia aceptación ciudadana. Dos son las ideas fundamentales del libro. La primera es que la concepción generalizada de la anuencia del Rey, Alfonso XIII, al golpe, es errónea, y aunque su implicación nunca llegó a corroborarse, se difundió y popularizó a partir de la propaganda republicana y el acta de acusación de las Cortes constituyentes de 1931. Interesados en vincular al monarca con la dictadura, propagaron que Alfonso XIII en realidad había concertado el golpe con Primo de Rivera para evitar que se indagara sobre su responsabilidad en el desastre de Annual. Esto queda desmentido con el análisis de las comunicaciones entre todos aquellos que participaron de un modo u otro en el golpe, especialmente en las horas posteriores al mismo. No sólo no contaron con el monarca, ni le otorgaron papel alguno en el golpe: ni siquiera Alfonso XIII disfrutó de un margen autónomo de actuación en las jornadas decisivas. Precisamente por eso, y por imposición del éxito del golpe, del vacío de poder que produjo y del requerimiento del directorio militar provisional, al rey limitó sus actos a salvaguardar su responsabilidad constitucional pactando la entrega del Poder a Primo de Rivera como «jefe del Gobierno» antes de que la Carta Magna quedara suspendida. Es lo más llamativo de un estudio que ciertamente exonera a un monarca que pasó a la historia como perjurio, incluso por no convocar las Cortes en noviembre de 1923, un episodio cuya motivación política y fundamento constitucional es abordado con soltura.

No obstante, lo más llamativo no siempre es lo más relevante. De mayor interés, por ejemplo, es la detallista narración de cómo Primo de Rivera se convierte de jerarca militar en faccioso. Sin dejar de lado factores como el pistolero de la CNT o en el descrédito de los «políticos profesionales» a los que Primo apartará del Poder, Villa otorga relevancia a dos: la política de la guerra en Marruecos y el nacionalismo catalán. Sobre el primero el autor extrae conclusiones novedosas y que de seguro suscitarán discusión. Sabido es que desde 1917 el ejército estaba dividido entre junteros y africanistas. Una parte sustancial de los primeros, al igual que Primo, abogaban por abandonar el protectorado, mientras que los se-

gundos, al igual que los gobiernos constitucionales, preferían culminar la ocupación del territorio para proteger Ceuta y Melilla y la frontera sur del expansionismo francés. El problema radicaba en las bajas causadas por Abd-el-Krim a un Ejército que, con la Concentración Liberal, únicamente permanecía a la defensiva esperando que fructificara las negociaciones de Santiago Alba con el caudillo riñeño, lo que exasperaba a los militares. Primo de Rivera, como casi todos los generales, jefes y oficiales en 1923, pensaba que los gobiernos constitucionales iban a conducir a una derrota segura en la guerra de Marruecos y que únicamente la acción decidida de un Gobierno de excepción podría impedirlo. No puede decirse que se equivocara, ya que cohesionó a los dos bandos del ejército enfrentados y terminó, dos años después de avenirse al poder, con la guerra del Rif. Ello no habría sido posible si, en las jornadas del golpe, no hubiera cohesionado también en torno suyo a dos segmentos enfrentados de la opinión pública: los partidarios de ganar la guerra y los partidarios del abandono. Lo que nadie defendía en septiembre de 1923 era ya una política de protectorado civil que subarrendaba el territorio a el-Raisuni y a Abd-el-Krim, sin siquiera una garantía de pacificación que permitiera retirar la numerosa dotación militar desplegada después de Annual.

Lidiar con el problema del nacionalismo catalán se presentó con dificultades semejantes a las marroquíes y, desde luego, es clave para entender por qué la dictadura llegó desde Barcelona y por qué la acaudilló un Primo de Rivera que no era sino el teniente general más joven del Ejército. Mucho se ha escrito sobre la vinculación de la Lliga, liderada por Francesc Cambó, con el golpe de estado. En este sentido, llaman la atención las citas del líder catalanista, retirado de la política desde su derrota en las elecciones provinciales de junio de 1923 y a quien las noticias del golpe le produjeron inmensa alegría. Es destacable considerando que, según el autor, a Cambó el capitán general de Barcelona nunca le prometió, al contrario que como suele apuntarse, un régimen autonómico a cambio de su hipotético apoyo. Primo de Rivera desconfiaba enormemente de aquel regionalismo/nacionalismo por pensar que en realidad enmascaraba un franco separatismo, como revela su correspondencia con el presidente de la Mancomunidad, Josep Puig i Cadafalch. Mayor hostilidad le suscitaban grupos más radicales vinculados a Maciá y su Estat Catalá, que se inspiraban en el modelo irlandés y que, por ello, tanteaban la vía violenta como modo de proclamar al república catalana. Estos fueron factores determinantes para que Primo se decantara por instaurar un gobierno militar que desarraigara con soluciones radicales el nacionalismo. Como se sabe, lejos de conseguirlo, le otorgaría más fuerza.

Las conclusiones que el autor extrae sobre el legado que dejó el periodo de gobierno del general son enormemente interesantes, ya que, pese a que entre 1923 y 1930 se solucionaron problemas como el de la violencia entre sindicatos o la guerra de Marruecos y se expandió el gasto público, Villa incide en que Primo de Rivera no aprovechó su Gobierno de excepción para buscar un reequilibrio político que condujera a una versión mejorada del postrado régimen constitucional.

En lugar de ello, rompió con la Constitución y deslegitimó la Monarquía sin formular alternativa alguna. Además, debilitó a los partidos de gobierno y potenció a las formaciones antisistema como los republicanos y socialistas de izquierda o tradicionalistas e intransigentes de derecha. En resumen, abrió, sin pretenderlo, el camino a la Segunda República.

*Alejandro Martínez Relanzón*